

La apicultura en Francia y España entre los siglos XVIII y XIX

GUY LEMEUNIER

1. NOTA EDITORIAL

*A finales de la primavera de 2010 falleció Guy Lemeunier (París, 1943). Investigador del CNRS desde 1985, centró su tesis de Estado en la historia agraria del reino de Murcia en la Edad Moderna, bajo la dirección de Pierre Chaunu (1923-2009). Fue miembro de la Casa de Velázquez (1974-1977) y, desde comienzos de la década de 1980, simultaneó su investigación en Murcia y París. Publicó numerosos trabajos sobre la demografía, la economía, la cuestión hidráulica y los poderes locales del Antiguo Régimen y, entre sus libros, destacan los siguientes: **Murcia en el siglo XVII: una sociedad en crisis** (Ed. Mediterráneo, Murcia, 1980); **Economía, Sociedad y Política en Murcia y Albacete, s. XVI-XVIII** (Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1990), **Los señoríos murcianos** (Universidad de Murcia, 1998). En colaboración con María Teresa Pérez Picazo publicó, entre otros, **El proceso de modernización de la región murciana, s. XVI-XIX** (Ed. Regional, Murcia, 1984); **Agua y coyuntura económica. Las transformaciones de los regadíos murcianos, 1450-1926** (Geo-crítica, Barcelona, 1985); y **Agua y modo de producción** (Crítica, Barcelona, 1990).*

En los últimos años investigó sobre la apicultura en Europa y prestó atención a cuestiones hasta la fecha poco tratadas por la historiografía, como la trashumancia de las abejas, la industria de la cera y la producción de mieles. El estudio de la apicultura es un tema de

enorme interés para las economías y sociedades del Antiguo Régimen pero también de las modernas y del que apenas sabemos nada. Como reconocimiento y homenaje a la figura del historiador francés, **Historia Agraria** publica dos textos inéditos en español dedicados a la temática: uno, sobre la trashumancia de las colmenas en Francia y España entre 1750 y 1850, y, otro, sobre la apicultura en el reino de Murcia a finales del Antiguo Régimen.

2. LOS ORÍGENES DE LA APICULTURA RACIONAL: LA TRASHUMAN- CIA DE LAS COLMENAS EN FRANCIA Y ESPAÑA, C. 1750-C. 1850

2.1 Introducción

A diferencia de la *Apis dorsata*, la abeja gigante de la India, la *Apis mellifera* carece de instinto migratorio si se exceptúan ciertas variedades del África Oriental. Lo cual significa que en la época de la libación cada colonia está obligada a limitarse a las especies vegetales existentes, a lo sumo, en un radio de tres kilómetros. Un periodo que puede prolongarse en ciertos medios favorecidos bien por las condiciones naturales bien por la intervención antrópica. Es lo que sucede cuando las plantaciones de árboles frutales de floración precoz lindan con brezales de floración tardía, como en el caso de Bretaña, o cuando el relieve permite el escalonamiento de ciclos vegetativos, como en los Alpes. A la inversa, la gama vegetal y, por consiguiente, la libación pueden verse reducidas hasta límites extremos; así, en las áreas de monocultivo y en los lugares donde la estación favorable concluye precozmente debido a la llegada del frío invernal (las latitudes altas) o bajo el efecto de la aridez estival (los climas mediterráneos). En estos casos, para facilitar que las abejas continúen su trabajo, se recomienda la búsqueda de nuevos «pastos», es decir, el desplazamiento de las colmenas adoptando las precauciones que figuran en los libros especializados. De esta manera el apicultor se convierte en «el hombre que corre detrás de las flores» (Scipion, 1984).

La apicultura llamada «pastoral» constituye en la actualidad un fenómeno generalizado a escala mundial. Ya a comienzos del siglo XX se practicaba de forma masiva en los países que no conocieron el género *Apis* hasta la introducción de la abeja europea (Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda). En cambio, se ha desarrollado más recientemente allí donde la *Apis mellifera*, mejor obrera pero más sensible a las diferencias climáticas, compete con las especies locales (Extremo Oriente). Incluso en la Europa anterior a la segunda fase de la revolución de los transportes –la del automóvil o, más precisamente, la del camión–, el recurso a la trashumancia apícola presentaba considerables diferencias interregionales. Como el precedente egipcio parece dudoso, es en Grecia donde encon-

tramos la serie de testimonios más prolongada sobre el transporte de las colmenas de las planicies a las montañas y del continente a las islas: desde Columela (ed. 1988, Libro IX, 14) a Adam (1966) pasando por la película de Theodoros Angelopoulos *El apicultor* (1975).

La cuenca mediterránea, cuna de la apicultura *stricto sensu*, es también el dominio privilegiado de la trashumancia apícola. En la vertiente atlántica, por el contrario, su nivel de implantación ha sido muy variable. En la época moderna y hasta mediados del siglo XIX, resulta llamativo el contraste entre una Francia reticente al método pastoral y una España donde se impuso ampliamente. La presentación de tres estudios de caso y un breve repaso de algunos otros puede ayudarnos a aprehender las diferencias existentes entre las prácticas seguidas en ambos países y a intentar una explicación de las mismas. Ello, además, nos permite avanzar en el conocimiento de los rasgos peculiares de esta forma de trashumancia.

2.2. La apicultura pastoral en Albacete en el siglo XVIII

El desplazamiento estacional de las colmenas en España ha sido estudiado para los periodos antiguo y medieval (Jaime Gómez y Jaime Lorén, 2000). Para la época moderna, disponemos del testimonio de algunos tratados de apicultura. Aunque el autor del primero de ellos, Luis Méndez de Torres (1586), solo hace algunas rápidas alusiones al tema, su inmediato sucesor, Jaime Gil –a quien debemos la obra fundamental sobre este tipo de actividades en Europa– consagra una cuarentena de páginas a la trashumancia de las colmenas y vuelve a aludir a ella en distintos puntos de su texto (Gil, 1621). En fechas recientes se han encontrado asimismo referencias en diversos archivos regionales, concretamente en Andalucía y en la zona comprendida entre Aragón y el País Valenciano, además de disponer de una visión general sobre los tiempos modernos (Jaime Lorén y Jaime Gómez, 2002).

El ámbito territorial elegido como ejemplo, el centro de la actual provincia de Albacete, corresponde a la Mancha Oriental, ubicada en el extremo sudeste de la Meseta, el cual, encuadrado entre las cadenas béticas y el Sistema Ibérico, proporciona una cómoda salida hacia el litoral. Bajo el Antiguo Régimen, el trazado en esta región de las circunscripciones eclesiásticas (fundamental cuando se usan como fuente las contabilidades decimales) presentaba cierta complejidad. La mayor parte del territorio dependía de la diócesis de Cartagena y el área restante se repartía entre las de Toledo y Cuenca. A tener en cuenta, además, que los confines orientales, donde el tráfico mercantil era más intenso, se integraban en la diócesis de Valencia excepto un pequeño enclave perteneciente a la

de Orihuela. No es difícil imaginar las dificultades de las instituciones eclesiásticas cuando llegaba el momento de recaudar el diezmo sobre unas colmenas que se desplazaban periódicamente. Tanto más cuanto que los productos apícolas estaban exentos en la diócesis de Valencia, situación que dio lugar a numerosos pleitos. La documentación generada por los mismos, bien conservada para el periodo 1662-1827, aporta numerosas informaciones sobre la práctica de los desplazamientos apícolas en el sector¹.

El recuento de los topónimos mencionados en las declaraciones procesales nos permite diferenciar, por encima de los múltiples desplazamientos, dos sistemas de trashumancia distintos. El primero relaciona la Sierra de Alcaraz (altura media, 1.200 metros) con el sector del Meseta dominado por ella, principalmente los Llanos de Albacete (700 metros). En cuanto al segundo, centrado en la Mancha Oriental, se despliega desde los altos valles valencianos (400 metros) hasta los primeros contrafuertes de la Serranía de Cuenca (900 metros). En general, se trata de desplazamientos cortos (30 kilómetros aproximadamente) que las caballerías pueden efectuar en una noche. Solo de manera excepcional se llevan cabo recorridos más largos, que exigen un descanso diurno para aliviar a las abejas; tal es el caso de los 60 kilómetros que separan Alpera (Albacete) y Enguera (Valencia).

El relieve regional favorece los desplazamientos verticales. Pese a ello la estancia de los apicultores valencianos en tierras albaceteñas es bien conocida mientras que los movimientos ascendentes están sobrerrepresentados en las fuentes. Ello se debe a la índole de estas últimas: para la justicia eclesiástica era más fácil perseguir a los autóctonos recalci-trantes que a los forasteros, presentes en el territorio de la diócesis de manera temporal. Por consiguiente se siguen con más facilidad los movimientos descendentes; así, los que se llevan a cabo desde Peñas de San Pedro (ubicada en los confines de la Sierra de Alcaraz) hasta las planicies de Albacete y desde la Manchuela (reborde oriental de la Meseta) al Valle de Ayora (Valencia). Pese a ello ha sido posible conocer algunos ejemplos de trayectos horizontales, realizados entre lugares de altura similar pero de cobertura vegetal diferente. Estos casos, poco numerosos en la planicie de Albacete, abundan en la Manchuela.

Resta por señalar la existencia de fórmulas de desplazamiento complejas. Por ejemplo, en 1771 las colmenas de Alborea pasaban el invierno y la primavera en el «reino» (de Valencia) y el verano en la Mancha o en la Serranía de Cuenca. Las de Ves, que invernan en el valle de Ayora eran transportadas en primavera a los territorios vecinos de Alcalá del Río y de Jorquera. En ciertos casos el ritmo de los movimientos se aceleraba; en

1. Toda la documentación concerniente a la provincia de Albacete procede del Archivo de la Catedral de Murcia (A.C.M.), legajo Pueblos de Albacete.

1692 las colmenas de Peñas de San Pedro cambiaron cinco o seis veces de territorio comunal. Y, a mediados del siglo XVIII, los apicultores de Bogarra, que poseían más de mil colmenas en pleno macizo bético, «las lleva[ba]n de un lugar a otro debido a la esterilidad de la tierra»². ¿Nomadismo? ¿Espíritu errante? La expresión de apicultura itinerante parece la más apropiada para calificar estas prácticas.

Aunque podamos situar casi exactamente los ejes de la migración, la evaluación de las colonias afectadas por ella resulta más difícil ¿Cual es la proporción de colmenas desplazadas a lo largo del año? En los casos donde existe información al respecto, el movimiento parece masivo. Según los datos barajados durante el proceso de 1802, de las 1.060 colmenas de la localidad de Ves, 300, es decir, cerca de un tercio, estaban instaladas sobre el territorio de Mahora. Más todavía: según un testimonio procesal de 1792, prácticamente la totalidad de las 700 de Villamalea habían sido enviadas durante el verano a la Serranía de Cuenca.

Lo que aparece en el conjunto de estas declaraciones es que el fenómeno se amplía en el siglo XVIII. Esta intensificación de la trashumancia apícola en la provincia de Albacete parece ligada a una modificación en el tipo de recipiente utilizado. En Peñas de San Pedro, principal centro apícola de la provincia (cerca de 3.500 colonias a mediados de la centuria), se utilizaban pequeñas colmenas cilíndricas hechas de esparto trenzado, dos veces menos voluminosas que las hechas de corcho o que las constituidas por un tronco de encina vaciado³. En la mayoría de las localidades, con el fin de facilitar las operaciones de transporte, se intentó reducir a la vez su volumen y peso. Por consiguiente su tamaño disminuye y el material del que están hechas cambia: el corcho, caro porque se importa de lugares lejanos, pero más ligero, tiende a reemplazar al esparto y la madera. Un testigo interrogado en Ves en 1771, al referirse a un pleito celebrado en 1736, asegura que entonces las colmenas estaban hechas generalmente de esparto, que incluso en años de sequía solo se desplazaba un pequeño número y que «no se practicaba un transporte tan generalizado como el que se lleva a cabo con las colmenas de corcho debido a la pesadez de las de esparto y a las dificultades para cargarlas». Otro testigo originario de Villamalea precisa que una montura no podía llevar más que cinco de esparto mientras que soportaba hasta catorce o quince de corcho. Los apicultores aceptan así el coste del nuevo material y los gastos de transporte porque piensan que la trashumancia va a aumentar sus beneficios. Recordemos que estos gastos adicionales les sirven de argumento para solicitar la reducción a la mitad de la tasa del diezmo.

2. Archivo Histórico Provincial de Albacete (A.H.P.A.). Sección Catastro, libro 49.

3. Ídem, libro 152.

En los documentos conservados sobre los gastos no suelen figurar el precio del alquiler de los pastos ni contribuciones concejiles. Sólo aparece de vez en cuando alguna queja sobre la obligación, poco respetada, de registrar ante las autoridades municipales las marcas de propiedad impresas en las colmenas⁴.

2.3. Iniciativas pioneras en Francia

La frecuencia de los desplazamientos estacionales en España contrasta con su escasez en Francia antes de la segunda mitad del siglo xx. La consulta de los tratados de apicultura nos ilustra sobre la oposición existente en este punto entre las dos vertientes de los Pirineos. En Francia las empresas de trashumancia apícola son excepcionales antes de 1800; sólo después de esta fecha comienzan a aparecer en escena algunas innovaciones prometedoras. En este país, además, la literatura especializada se publicó más tarde que en el resto de Europa; los primeros textos mencionan casi exclusivamente los transportes de colmenas como una operación consecutiva a las ventas. En el siglo xviii se da a entender que el fenómeno estaba poco difundido incluso en las áreas de montaña, pese al reconocimiento de su utilidad. En 1763 un cura del Comtat escribe que «varias personas se jactan de que esta práctica les procura unos ingresos considerables» (Lapoutre, 1763: 252). Y, según el abad suizo Xavier Duchet, capellán de Remaufens, «las montañas podrían sostener un gran número de colmenas que se instalarían en primavera y se harían descender en otoño, como se practica en algunos lugares de Francia» (Duchet, 1771: 3). La única excepción, frecuentemente citada, es la del Gâtinais, faro de la apicultura francesa.

La mayor parte de los autores de los tratados vivían en París, razón por la cual podemos pensar que su experiencia se limitaba a los alrededores de la capital, pero los sondeos efectuados en los archivos confirman la escasez de información bibliográfica al respecto. Hasta aquí no conocemos otro ejemplo que las idas y venidas hacia 1780 de un tal Modesto Bardou, residente en otra gran región apícola, la Champaña, donde se llevaban las colmenas desde los alrededores de Arcy-sur-Aube a los de Troyes. Este apicultor, cuidadoso con sus abejas, «imaginó hacerlas viajar periódicamente. Desde la primavera hasta el otoño las llevaba desde Trouan a Culoison, para que disfrutasen de las flores de la nabiza y, después, de las que crecían en los huertos y en las praderas. Ya en otoño, las reconducía de Culoison a Trouan, para procurarles la floración del trigo negro. Es allí donde pasaban el invierno»⁵.

4. A.C.M., legajo 167. Sobre las marcas, ver OLLÉ ALBIOL (1996).

5. Audra, E.: *Mémoires sur la paroisse et le prieuré-cure de Saint-Maure, 1780*. Biblioteca Municipal de Troyes, manuscrito 2.297, fol.188.

Las encuestas realizadas bajo el Segundo Imperio revelan la existencia de importantes movimientos desde la Beauce al Gâtinais⁶. En 1813, el alcalde de Gommerville (distrito de Chartres) precisa que los desplazamientos se efectúan entre su municipio y el departamento de Sena y Oise, mientras que tres de sus colegas prefieren la Sologne como objetivo de las migraciones. Uno de ellos se extiende sobre el punto en debate: «El suelo de Auneau –escribe– solo es conveniente a medias para la cría de las abejas, que trabajan mejor en la Beauce, en las proximidades de Janville, en las comarcas donde existen brezales, y en la Sologne, donde nuestros comerciantes suelen llevarlas a fines de agosto para que pasen el invierno».

MAPA 1
Producción y comercio marítimo internacional de cera hacia 1800



Fuente: el autor.

6. Archivos Departamentales de Eure y Loire, 7 MNC art. 187.

Obsérvese que en los dos casos citados se trata de regiones productoras de cereales (donde las abejas no disponen más que de un corto periodo para la libación del polen), pero situadas a corta distancia de áreas dotadas de recursos vegetales complementarios. Se trataba, sucesivamente, de los cultivos hortofrutícolas desarrollados en los alrededores de París y de los productos propios del fin del verano como los campos de trigo negro (Champaña, Sologne), los brezales (de nuevo la Sologne) y los bosques (Rambouillet, Fontainebleau y Orléans). Existen, pues, complementariedades que incitan a los desplazamientos, pero no se trata sólo de ellas sino del hecho de que los dos ejemplos conciernen a sectores que disponían de un elevado nivel de comercialización de los productos apícolas. En el caso del Eure y Loira se trata de la miel y en el del Aube también de la cera. Además, Troyes era en el siglo XVIII un gran centro de blanqueo de esta última y el papel de los comerciantes de miel como empresarios de la trashumancia se señala en el texto del alcalde de Auneau, citado más arriba.

Fuera de esta zona, allí donde se hace sentir en menor medida el impacto de los grandes mercados urbanos, se aconseja a los apicultores elegir un emplazamiento adecuado para sus colmenas o conservar el método sedentario. Es lo que recomienda en 1786 Massac, vecino del Limusín. «Es preferible instalar las abejas en jardines, con el fin de que encuentren por lo menos algunas flores a su alcance... También constituyen un excelente emplazamiento los prados, tanto naturales como artificiales, la proximidad de los bosques, las tierras sin roturar y los arroyos, la vecindad de campos de avena o de trigo negro y las montañas cubiertas de hierbas olorosas» (Massac, 1766: 28-30).

A fines del siglo XVIII comienzan a darse en Francia las condiciones para el desarrollo de la apicultura pastoral. La interrupción de las comunicaciones internacionales a raíz de las guerras de la Revolución y el Imperio y el aumento de la demanda de miel y cera estimularon al sector apícola (ver Mapa 1), antes de que la obtención del azúcar de remolacha y de la estearina comenzasen a competir con ambas. Durante el siglo XVIII, además, se había intentado aumentar los rendimientos mediante el perfeccionamiento de las colmenas. En adelante, la trashumancia comienza a figurar cada vez más como uno de los elementos de la apicultura racional. Es en este contexto donde deben situarse las iniciativas de Amédée Mauget de Argences (Calvados) en el segundo tercio del siglo XIX (Boullón, 1867). Según este autor, los desplazamientos apícolas debían desarrollarse en su región en cuatro tiempos:

1. La campaña empieza en el lugar de origen, el Pays d'Auge, donde las abejas disponen de la flor de los sauces y de los alisos.
2. El primer desplazamiento debe operarse hacia los campos de colza, que ocupan el sector del Bessin más próximo a Caen.

3. Desde allí, las colmenas han de volver al punto de partida para aprovechar la floración de la esparceta.
4. La última migración tendrá lugar en dirección a la Suiza normanda y hacia los confines del Calvados y del Orne, en busca de los campos de trigo negro y de los brezales.

Gracias a estos múltiples recorridos –los primeros para los que se dispone de descripciones minuciosas–, Mauget multiplicó sus abejas y mejoró el rendimiento y la producción de las mismas. A mediados del siglo XIX, después de la miel de Narbona y la del Gâtinais, la de Argences era la más cotizada de Francia.

Pero estos desplazamientos se inscriben todavía en el esquema tradicional: su radio de acción sigue siendo reducido, con el fin de poderlos llevar a cabo en una sola noche. Y, como en el caso del Gâtinais, los viajes más largos son los que se efectúan al final de la temporada. Pese a ello, las empresas de Mauget presentan elementos nuevos, reveladores de una relación positiva –por el momento– entre la apicultura y la evolución del mundo rural. Por ejemplo, el desarrollo de las plantas forrajeras proporciona nuevos pastos a las abejas y otro tanto sucede con los cultivos oleaginosos, especialmente la colza. Estos dos tipos de plantas, cuyas floraciones se escalonan desde la primavera al ecuador del verano, estimulan el despegue de la actividad en las colonias de abejas y les ofrece recursos en aquellos periodos durante los cuales la vegetación se empobrece, lo que estimula la trashumancia.

Conviene recordar que, en la misma época, los desplazamientos se vieron facilitados por la mejora de la red de caminos terrestres. Se habían acabado los charcos profundos en las huellas de los carros y el paso de las corrientes de agua por los vados. Los recorridos nocturnos más largos efectuados por Mauget y sus gentes, que no sobrepasaban los 40 kilómetros en 1827, aumentan hasta 80 en 1863.

Lo mayor dificultad sigue siendo evaluar la importancia de estos flujos. A mediados del siglo XIX parece que los movimientos en dirección a Sologne se habían convertido en masivos: en los años 1860, de 1.500 a 2.000 colmenas procedentes de los departamentos vecinos invadían en otoño el territorio de Nouan-le-Fucelier, en Loira y Cher (Joanne, 1869: 54). La revista *L'Apiculteur* menciona en repetidas ocasiones los movimientos entre las colinas normandas y las colinas del Orne. Sin embargo, en 1863, Mauget solo desplazaba por este itinerario el 80% de las 400 colonias que poseía. Una proporción que era aún menor a escala nacional. El sedentarismo seguía siendo, pues, mayoritario por doquier. A lo más que se llegaba era a microdesplazamientos e incluso, para evitarlos, se distribuían las abejas entre las colmenas establecidas en otro tipo de comarcas.

2.4. Los Pirineos Orientales entre dos espacios apícolas

Los ejemplos presentados conciernen en su totalidad a la mitad norte de Francia. Sorprende la ignorancia de la apicultura pastoral en el sur, tanto más cuanto que en estas regiones se practicaba masivamente la trashumancia del ganado mayor y menor. El único departamento en el que se seguía el nuevo sistema era el de los Pirineos Orientales, hasta el punto de que el Doctor Buzairies los presenta como modelo a los apicultores narboneses, sus conciudadanos: «En varios países estos desplazamientos están en uso y en el Rosellón se practican desde tiempos remotos ¿Porqué no seguir su ejemplo en aquellos lugares donde sea practicable?» (Buzairies, 1857-58: 285-288).

La encuesta publicada por Antoine Siau en 1857 nos ofrece informaciones sobre la apicultura del Rosellón, pero no para el resto del territorio francés (Siau, 1857 y Lemeunier, 2004). Según parece, en 1856 los Pirineos Orientales contaban con 19.829 colmenas, o sea 4,8 por km². Sin embargo, las actividades apícolas no eran ejercidas con la misma intensidad en todo el territorio: 20 municipios, localizados en su mayor parte en la alta montaña, no la practicaban en absoluto. Los máximos en lo que se refiere a la densidad de las mismas se alcanzaban en los cantones de Millas, Tor de Carol y Rivesaltes, ubicados al nordeste del departamento, y en el de Argelers, al sudeste del mismo (más de 7 por km²), mientras que las cifras más bajas corresponden al oeste de Perpiñán y a Montlluis. Resumiendo, el centro de gravedad de la apicultura estaba constituido por los piedemontes de las cadenas en las que se bifurcan los Pirineos Orientales en las inmediaciones del Mediterráneo (Corberes, Canigó, Alberes) y en los valles medios rodeados por ellas. A la inversa, las áreas que presentaban una densidad menor se encontraban en el sector central de la planicie del Rosellón por un parte y, por otra, en la alta montaña.

Pero es en la zona intermedia de piedemontes, colinas y valles donde se desarrolla la apicultura pastoral según diversos esquemas de desplazamientos, que pueden reducirse a tres. En el caso más elemental se trata de una simple trashumancia ascendente, que afecta sobre todo a la Costa Bermeja y al Vallespir: desde Argelers, Ceret y Arles se transportan las colmenas a la sierra de Albera (400 a 2.500 metros) o sobre las altas praderas del Canigó (punto más alto, 2.785 metros). Pero este movimiento puede ser descendente o en doble sentido. Así, los apicultores de Fenolledes y del Conflent hacían invernar sus colmenas en el fondo de los valles, o en las proximidades de la planicie, donde aprovechaban la floración primaveral del romero antes de hacerlas ascender a las alturas. Otro esquema es el que llevaban a cabo la población del cantón de Rivesaltes y sus vecinos, con movimientos pendulares. Las colmenas hibernaban cerca de los pueblos situados en el área de contacto entre las colinas y la planicie; en primavera se las transportaba en busca del romero de los montes Corberes, de donde bajan de nuevo hacia la Salanca ocupada

por cultivos forrajeros. El circuito se cierra con una nueva marcha hacia los Corberes para aprovechar la segunda floración del romero.

La geografía de la trashumancia parece, pues, calcada sobre la de la apicultura y fuertemente influenciada por los factores ambientales. La concentración de colmenas en la zona intermedia y la dureza de la sequía estival, que golpea tanto las colinas como la planicie, justifican las migraciones descritas. Pero Siau nos pone en contacto con otros factores susceptibles de explicar, más allá del horizonte del Rosellón, el contraste entre el espacio francés y el ibérico en lo relativo a la difusión del «pastoralismo».

En efecto, uno de los rasgos característicos de los sectores que practican la trashumancia concierne al reparto social de las abejas. En Argelers la media de colmenas por apicultor se elevaba a trece e incluso supera la cifra de 24 en Rivesaltes que es donde se entregan con mayor entusiasmo a la apicultura pastoral. Pero su práctica era menos intensa alrededor de la capital del departamento y no llega hasta Oleta, en Cerdaña. Ni los burgueses de Perpiñán ni los pequeños cultivadores de sus alrededores se sienten tentados por la idea de enviar sus escasas colmenas lejos de su vigilancia y menos aún los montañeses, pese a las pérdidas que les generan los rigores invernales. La trashumancia es una actividad practicada sobre todo por los grandes propietarios de colmenas, que comercializan sus producciones con mayor facilidad debido a la proximidad del mercado de Perpiñán (farmacias, fábricas de turrón) y a la demanda de Narbona en el caso de los cantones del norte.

De esta manera, dos tipos de apicultura se reparten la mayor parte del departamento. Por una parte, una apicultura intensiva, pastoral, centrada en la zona intermedia y practicada por semi-profesionales. Por otra parte, una apicultura sedentaria de montaña, protagonizada por pequeños propietarios y orientada mayoritariamente hacia el autoconsumo. Las diferencias entre los materiales utilizados ilustran esta oposición. La colmena de Corberes es una simple caja hecha de cuatro planchas o, en el mejor de los casos, de un cilindro de corcho de pequeño tamaño: 60 o 70 cm de alto y 20 o 30 de diámetro, o sea un habitáculo de 30 a 40 litros. Se trata de un material relativamente ligero y manejable, bien adaptado a la trashumancia: un solo hombre puede llevar dos y, excepcionalmente, tres. Por el contrario, en Cerdaña están hechas de gruesos troncos vaciados, a veces de un metro de altura y 30 o 40 cm de diámetro, lo que corresponde a una capacidad de 70 a 125 litros. Ubicadas en la proximidad de las viviendas, no se las desplaza, pero la riqueza de las floraciones estivales de montaña, explotada por las populosas colonias de estas grandes colmenas daba lugar a los rendimientos más elevados del época.: 8,1 kg de miel y 2,7 kg de cera en Montlluis. Nos encontramos lejos de los resultados obtenidos en los territorios situados más abajo: una media de 4.2 Kg de miel y 0,7 de cera en Ceret. Ahora bien,

estas últimas cifras corresponden probablemente a la primera cosecha y convendría añadir los resultados de la colecta de otoño, efectuada después de la trashumancia.

2.5. Consideraciones finales

Aunque los tres casos regionales presentados –la Mancha de Albacete, el Pays d’Auge y los Pirineos Orientales– no aportan una explicación definitiva sobre las diferencias existentes entre Francia y España en lo relativo al desarrollo de la apicultura pastoral, sí nos proporcionan una serie de datos al respecto.

El primero a retener es la diferencia de los medios físicos entre ambos países, sobre todo en lo que concierne al relieve. España presenta fuertes desniveles en la corta distancia no sólo en su periferia montañosa, sino en grandes zonas del interior. Pero, ¿acaso no sucede igual en la mitad sudeste del territorio francés? La diversidad climática sería, pues, un factor a considerar. En el litoral mediterráneo de la península la suavidad del invierno reduce la estación muerta y permite en febrero la floración de los almendros mientras que la proximidad de la canícula orienta naturalmente a las abejas y a los apicultores hacia las alturas. El Mediodía francés goza prácticamente de las mismas condiciones, pero la captura de los enjambres en mayo-junio sobre las pendientes del Ventoux por los apicultores del Comtat constituye en la práctica una forma embrionaria de trashumancia.

Resulta forzoso, pues, buscar por el lado de las técnicas apícolas. En este aspecto, el examen del caso del Rosellón resulta particularmente ilustrativo. Los pequeños recipientes de la zona de colinas se prestan al transporte mientras que los pesados troncos de árboles de la Cerdaña (al igual que en los Cévennes o el Diois) representan un obstáculo. Las cestas de paja o de mimbre de la Francia del Norte son, según se señala en numerosos manuales, más cómodas para el desplazamiento. Ahora bien ¿es el tipo de colmena utilizado el factor que incita a trashumar? ¿O más bien es la práctica de la trashumancia lo que determina la elección de la colmena? Los troncos de árbol desaniman, sin duda, los proyectos de transporte, pero los apicultores de Albacete, deseosos de introducir las nuevas prácticas, adoptaron progresivamente el corcho. Por último, entre los métodos que reducen el interés por la trashumancia es preciso citar el recurso a la matanza de abejas anual en las colmenas debilitadas (por asfixia con azufre o por ahumado), poco utilizado en la Península pero mayoritario en territorio francés. Las colmenas sacrificadas constituían provisiones de invierno que hacían innecesarios los desplazamientos de otoño.

Actualmente se piensa que las explicaciones deben buscarse por el lado del reparto social de las colonias. En Francia, la propiedad de las colmenas suele estar muy dispersa.

En la encuesta de 1813 el subprefecto de Chateaudun precisa al respecto: «Son las clases menos acomodadas y menos instruidas las que poseen la mayor parte de las colmenas». Y el alcalde de Nogent-Plage apunta: «Varias personas las hacen viajar, cosa que yo creo más dispendiosa que aprovechable y que solo se puede llevar a cabo cuando se tiene una gran cantidad (de colmenas)», opinión que supone el establecimiento de una estrecha relación entre la trashumancia y el tamaño del patrimonio apícola poseído. Pero los grandes propietarios fueron escasos en Francia hasta finales del siglo XIX, al revés de lo que sucedía en España. En la provincia de Albacete, a mediados del siglo XVIII, Bogarra contaba ya con dos colmenares de más de cien unidades y Peñas de San Pedro, con cuatro. El patrimonio medio por apicultor se elevaba a 31 colmenas en el primero de los municipios citado y a 49 en el segundo. Se deberían hacer cálculos de este tipo en Francia, pero escasea la documentación al respecto.

3. LA APICULTURA EN EL REINO DE MURCIA A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

3.1 Introducción

En su *Tableau du commerce* (1800), Louis de Beaujour afirmaba: «El Ática moderna importaba en los años mediocres la cuarta parte del consumo de trigo y, según mis cálculos, le bastaba la exportación de miel para cubrir sus compras»⁷. Al igual que en las proximidades de Atenas, la mayor parte de las regiones ribereñas del Mediterráneo han sido deficitarias en cereales e importadoras de manufacturas; para equilibrar el saldo, procuraban especializarse en las producciones naturales dotadas de ventajas comparativas. La sericultura desempeñó ese papel en el caso de Murcia aunque, a medida que nos alejamos de la capital provincial, la producción sedera se completa con la de una amplia gama de productos como la miel y la cera. Sin alcanzar la importancia que revestía en torno al Mar Egeo, «la educación de las abejas» formaba parte de esas actividades secundarias que, desdeñadas por la historiografía hasta fechas recientes, proporcionaban dinero líquido a las familias campesinas. Una liquidez que, en ocasiones, podía llegar a competir con la procedente de los sectores «nobles»: la ganadería mayor, la cerealicultura y la viticultura.

Aunque en el siglo XVIII la miel comenzaba perder su interés como edulcorante frente al azúcar, seguía siendo un elemento importante de la farmacopea y la materia prima de industrias como el pan de especias en el norte de Europa y el turrón en el sur: las ciuda-

7. *Tableau du commerce de la Grèce, formé d'après une année moyenne, depuis 1787 jusqu'en 1797* (1800).

des de Alicante y Jijona, cercanas a Murcia, eran ya las capitales de este último. Sin embargo, el producto clave de la apicultura hasta mediados del siglo XIX fue la cera, que aseguraba la iluminación doméstica de las clases acomodadas y de los lugares de culto. Pero, a diferencia de las regiones ortodoxas del Este europeo, los países católicos –Francia, España, los estados italianos– eran deficitarios en el tipo de cera apropiada para el blanqueo, por lo que debían importarla del Báltico, el Magreb y Oriente Medio. Los autores de tratados de apicultura franceses denuncian la salida de divisas por esta causa y otro tanto sucedía con los economistas españoles (Larruga, 1787-97).

Si la cera escaseaba en la Península era debido a que las regiones periféricas apícolas no conseguían satisfacer la demanda de las ubicadas en el interior. Las capitales de las dos Castillas se veían obligadas a fines del XVIII a cubrir, por medio de importaciones de procedencia holandesa, el déficit existente entre sus necesidades y los suministros procedentes de Asturias, Extremadura y el Sistema Ibérico. Tradicionalmente, el reino de Murcia formaba parte de ese primer círculo de proveedores: hacia 1600, la cera de Lorca servía de moneda de cambio tanto para los objetos de hierro del País Vasco como para las manufacturas de las ciudades castellanas⁸. Pero cuando aumentó la demanda local, el Sudeste ibérico no pudo conservar ese papel, tanto más cuanto que el tipo de crecimiento adoptado no favorecía las actividades apícolas.

El objetivo de este trabajo consiste, precisamente, en la reconstrucción de la fisonomía y la evolución de un sector económico que, tras una fase de retroceso, ha conocido en la actualidad un florecimiento indudable. Con tal fin se ha llevado a cabo un intento de evaluación de las producciones de cera y miel a mediados del siglo XVIII, y un esbozo de la geografía y la sociología de la apicultura murciana, acompañadas de ciertas precisiones técnicas.

3.2 Una fuerte tradición apícola

El vacío demográfico que se produjo en la región tras la conquista cristiana (siglo XIII), así como la debilidad de la ocupación humana debido a la proximidad de la frontera hasta la toma de Granada (1492), favorecieron la multiplicación de las abejas. De hecho, a lo largo de la época moderna, la captura de enjambres constituía una actividad importante, reglamentada por las Ordenanzas Municipales. En 1517 la recolección de cera y miel de las colonias salvajes estaba prohibida a los vecinos de Lorca desde la conmemoración de

8. Archivo Municipal de Lorca (A.M.L.), Sala I, legajo 178.

los Difuntos hasta el 30 de abril y el resto del tiempo a los no residentes (Larruga, 1787-97; Jaime Lorén y Jaime Gómez, 2002). De ahí los frecuentes conflictos con las comunidades moriscas limítrofes. Las ordenanzas de 1561, impresas en 1713, restringían todavía la «caza de la miel» en el periodo comprendido entre San Juan y San Miguel (24 de junio-30 de septiembre) –probable indicio de una disminución de los nidos– y la sometían a diversa normas. Entre otras, la obligatoria autorización de los *veedores* (apicultores municipales jurados) y la necesidad de declarar la cantidad de miel y cera recogida⁹.

La apicultura aparece así como la primera forma de reocupación humana del territorio en uno de los espacios más amenazados por las correrías musulmanas. En la Marina de Lorca la agricultura, que supone un hábitat permanente, era todavía impracticable a mediados del siglo XVI. Incluso la ganadería menor, que requiere la presencia de pastores, solo se llevaba a cabo de forma intermitente. Por el contrario, la instalación de colmenas no exigía de los propietarios nada más que visitas esporádicas lo que limitaba los riesgos de caer en cautividad. A partir del momento en que el peligro parece disminuir, los colmenares constituyeron el punto de partida de las empresas de colonización¹⁰.

A fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, las contabilidades decimales más antiguas que se conservan dan fe del importante papel ocupado por la apicultura entre las distintas actividades agrarias. En las llanuras cultivadas el desarrollo de los cultivos de regadío permitió a sus habitantes relegar a un puesto inferior el producto de las colmenas, pese a que seguían siendo numerosas (caso de Abanilla). Pero en las cadenas béticas la explotación apícola conservó un peso poco común: en Liétor, por ejemplo, proporcionaba cerca del 10% de los diezmos (ver Cuadro 1).

CUADRO 1

La parte de la apicultura en el producto del diezmo a finales de la Edad Media (en valor)

Municipio	Año	% total	% total sin cereales	% prod. ganadera
Liétor	1480	9,95	13,04	20,24
Abanilla	1515	0,94	3,94	16,31

Fuentes: Rodríguez Llopis (1993: 34) y Archivo Histórico Nacional (A.H.N.), Sección Órdenes Militares, Toledo, legajo 6.104.

El auge económico y demográfico del siglo XVI no solo no perjudicó a las actividades agrícolas secundarias sino que las favoreció, especialmente en el caso de las orientadas a los

9. *Ordenanzas y Privilegios de Lorca*, Granada, 1713, p. 57-64.

10. A.C.M., Legajo no catalogado (proceso decimal).

mercados exteriores. Es lo que sucedió con la sericicultura, que acababa de implantarse en la mayor parte de las huertas, pero también del esparto, de la grana, de la explotación forestal y de la apicultura. Si aceptamos el testimonio de los diezmos, el territorio de Lorca contaba con 700 colmenas en 1598¹¹.

CUADRO 2
La apicultura en la Encomienda de Yeste, 1480-1776
(porcentajes del producto del diezmo, en valor)

Años	% total	% total sin cereales	% prod. ganadera
1480	1,2	1,7	2,1
1535	0,1	0,4	0,5
1573	0,2	0,6	0,8
1771-1776	0,9	2,9	3,6

Fuente: Rodríguez Llopis (1993) y A.H.N., legajos 4.519 y 4.023.

Hasta entonces la economía regional había reposado en el cultivo intensivo de las huertas y en las formas más extensivas de explotación de los campos circundantes. Para preservar los intereses de la más importante de entre ellas, la ganadería, la oligarquía había frenado el movimiento roturador. La crisis comercial del siglo XVII obligó a los oligarcas a abrir los campos a los cultivos de subsistencia. Donde la reconversión fue más sensible, como en el caso de Lorca, el avance del frente pionero penalizó a las abejas, cuya área de libación se redujo bruscamente. Desde 1741 el Padre Morote (1741: 52) constata el fenómeno: a mediados del siglo XVIII las grandes extensiones que separaban la vega y el mar, cubiertas de romero y pobladas de colmenas, habían sido roturadas y la población de abejas se había reducido a la mitad de sus efectivos de antaño. Incluso donde se mantuvo una fuerte actividad apícola, como en el reborde meridional de las cadenas béticas, la oferta de miel y de cera representaba una parte ínfima del producto agrícola: desde 1670, el 0,3% del total en la Encomienda de Moratalla, donde las roturaciones habían sido muy precoces, y el 0,7% si prescindimos de los cereales y la ganadería¹². Por el contrario, el sector montañoso se vio menos afectado (ver Cuadro 2).

Estos resultados corresponden a un progreso a la vez absoluto y relativo. El territorio de la Encomienda de Yeste, que producía 200 arrobas (2.300 kilos) de miel alrededor de 1575, recolectaba una media de 334 arrobas (3.856 kilos) dos siglos más tarde¹³. La consulta del Catastro de Ensenada nos ayuda a precisar los caracteres del reparto es-

11. A.M.L., Libro de Granero, 1.598.

12. A.H.N., Órdenes Militares, legajo 4.923.

13. CANO VALERO y CEBRIÁN ABELLÁN (1992), p 381. A.H.N., Órdenes Militares, legajo 4.923.

pacial y social de las actividades regionales que los registros decimales nos permiten entrever.

3.3. La apicultura murciana: geografía y sociología

Si prescindimos del extremo occidental de la región, la Sierra de Segura, poco favorable a la apicultura por su relieve accidentado y por la importancia que conocieron en ella otro tipo de actividades, la antigua provincia de Murcia se puede dividir en tres zonas¹⁴. Primero, un sector central con escaso desarrollo apícola (apenas dos colmenas por km²) cuyos mínimos (una colmena por km²) se encuentran en los extremos norte (la Mancha de Albacete) y sur (los campos costeros). Después, una franja oriental en los confines del muy melífero Reino de Valencia, donde las densidades sobrepasan las tres colmenas por km², aunque las medias descendan algo en el Alto Vinalopó (2,9 por km²). Y, finalmente, una zona de apicultura dinámica que cubre la sierra de Alcaraz, desde Nerpio (límitrofe con la actual provincia de Granada) hasta Liétor (situada en el corazón de la de Albacete), incluyendo la vertiente norte de dicha sierra (en Peñas de San Pedro la cifra alcanza 6,6 colmenas por km²).

Las diferentes densidades que distinguen a estos tres sectores no constituyen el único rasgo que los individualiza; la aplicación de otros criterios permite igualmente su caracterización. El sector central, el menos apícola, es también el que posee el menor número medio de colmenas por fuego (es decir, por casa habitada): menos de un par. Esta proporción disminuye de norte a sur: en la Mancha aún supone 0,8; en la zona intermedia del Segura y sus afluentes (Cieza, Molina, Lorca) oscila de 0,3 a 0,4, cayendo a 0,1 en la huertas y los campos prelitorales más urbanizados (Murcia, Cartagena). Es también en estas zonas donde aparecen los porcentajes más bajos de cabezas de familia con la profesión de apicultores (1,9% en Cartagena frente al 3,2% de Albacete) y el menor número de colmenas por cabeza de cada uno de ellos: 7,3 en Molina y 4,7 en Cartagena.

La sierra de Alcaraz constituye el extremo opuesto. En ella se dan las medias más elevadas de de colmenas por apicultor (cerca de 30 en Peñas de San Pedro) y la mayor proporción de «fuegos» apícolas: en Nerpio, un cabeza de familia de cada seis posee seis colmenas. En la zona límitrofe con Valencia, aunque no se alcanzan estas cifras, los resultados siguen siendo notables: en Abanilla (campos del Este) más de un cabeza de familia de cada

14. A.G.S., Catastro, libros 463-465; A.H.P.A., Catastro, libros 7-68 y 195-216; A.H.P.M., Hacienda, libros 52-80 y 160-178 y *Censo Ganadero de la Corona de Castilla en 1752*, 2 vols., Madrid, Instituto Nacional de Estadística, 1797.

diez es apicultor y el número de colmenas por propietario se eleva a cerca de 12. En cuanto la Mancha y la Manchuela, aunque la proporción de apicultores sobre la población es menor (7,5% en Villamalea, por ejemplo) el número de colmenas existente en dicho municipio –21– solo reaparece en la sierra.

Pasando a la distribución de las abejas a escala municipal, los datos varían enormemente entre los casos extremos ofrecidos por Abarán y Cartagena. Abarán, ubicado en la Vega Media del Segura, constituye un ejemplo de excesiva concentración de la propiedad: el municipio contaba solamente con dos apicultores de los cuales uno poseía cien colmenas y el otro una sola. En Cartagena, al contrario, los propietarios con menos de diez colmenas reunían más de la mitad del total. Fuera de estas zonas, lo normal era el predominio de los colmenares de tamaño medio; en Mula, por ejemplo, los apicultores que poseían de 10 a 49 colmenas (uno de cada tres) acumulaban los 2/3 existentes en el territorio municipal (ver Cuadro 3).

CUADRO 3
Dos ejemplos del reparto social de las colmenas

Nº de colmenas	Cartagena		Mula	
	% de colmenas	% propietarios	% de colmenas	% propietarios
De 0 a 9	55,9	89,3	19,8	63,6
De 10 a 24	23,1	8,3	24,5	18,2
De 25 a 29	12,3	1,6	43,2	15,9
> de 50	8,7	0,8	12,5	2,3

Fuente: A.H.P.M., Hacienda, libros 168 y 176.

Los colmenares de cien colonias –y aún más– no constituían una excepción. Suelen localizarse en los principales centros apícolas (cuatro en Chinchilla, cuatro en Peñas de San Pedro, dos en Moratalla). En ocasiones los hallamos también en municipios pequeños y medianos: los libros del Catastro, por ejemplo, sitúan en Abanilla el colmenar más poblado de la región (224 unidades). Al nivel actual de la investigación sabemos que el máximo lo ostentaba a comienzos del siglo XVIII Don Juan de Guevara García de Alcaraz, propietario de 375 colonias repartidas en dos colmenares¹⁵.

Las cifras presentadas solo proporcionan una imagen aproximativa de la realidad. En primer lugar, por que varían sensiblemente de un año al otro y según la estación en que se efectúe el recuento. Después, porque los propietarios no concentran siempre sus colmenas en el término municipal donde residen. Y, finalmente, debido a la existencia de

15. A.H.M.L., Protocolo 1.828.

una práctica muy extendida en la apicultura tradicional: el arrendamiento de las colmenas (aparcería). En Cieza, según el Catastro, José González de Almansa, que poseía un colmenar de 70 colonias, explotaba a medias otras 24 pertenecientes a don Francisco Ordóñez y 30 del sacerdote don Matías Martín, ambos miembros de la oligarquía local. Y el colmenar de 224 unidades, antes citado, pertenecía al marqués de Tenebrón, residente en Madrid, que lo había confiado a Ginés Alajarín, habitante de Abanilla y campesino acomodado, a juzgar por la importancia de su propio patrimonio apícola. En Lorca la fórmula era utilizada casi siempre en los colmenares pertenecientes a los eclesiásticos.

3.4. Colmenas y colmenares

La documentación consultada proporciona pocas informaciones sobre la forma, el material y el tamaño de las colmenas. Según parece, todas presentaban una forma alargada y preferentemente cilíndrica, pero el resto de sus características era muy variable. El material empleado, eso sí, es siempre vegetal. En la Mancha la mayor parte de ellas estaban hechas de troncos de encina vaciados o de esparto trenzado, pero existían particularidades locales. Así, en Peñas de San Pedro se encuentran a la vez grandes colmenas de corcho o de encina y otras más pequeñas de esparto (*atocinas*). Y en Bogarra, en la montaña, solo parecen en los textos las segundas, cuya altura solía ser de media vara, es decir, 0,418 metros. Si les atribuimos un diámetro de 25 cm, su capacidad sería de 20 litros aproximadamente.

Las colmenas del sector meridional parecen de mayor tamaño. En Murcia su rendimiento medio era, en efecto, de seis libras de miel y una de cera (o sea, 2,76 y 0,46 kg respectivamente) mientras que las de la Mancha y la Manchuela solo producían de dos a cuatro libras de miel (0,92 a 1,84 kg) y de dos a cuatro onzas de cera (57,4 a 114,8 gramos). Además, están siempre hechas de corcho, material que presenta una doble ventaja sobre los demás: pesa menos y el aislamiento que procura a los enjambres es superior. Pero era caro: no se producía en Murcia, por lo que era necesario traerlo de la sierra de Esclida (provincia de Castellón) o de Sierra Morena. Pese a ello, a partir del siglo XVIII, cuando se difunde en la Mancha de Albacete la trashumancia entre la Sierra de Alcaraz y la Meseta o entre la Serranía de Cuenca y los valles del País Valenciano, los apicultores adoptan las pequeñas colmenas de corcho, más fáciles de transportar. En 1800 la mutación está muy avanzada aunque todavía no se había generalizado: en 1777 ya predominaban en Ves, pero en Peñas de San Pedro no se impusieron realmente hasta 1800 y en Jorquera solo se conocían en esta fecha más que las de esparto trenzado.

Las colonias no podían ser instaladas en un sitio cualquiera. Ciertos municipios prohibían su presencia en las poblaciones o en su inmediata proximidad, como en el caso de Caravaca. Otros limitaban su número: los vecinos de Totana tenían prohibido poseer más de cinco aunque estuviesen ubicadas en la terraza de las casas. Además, las abejas tampoco eran bienvenidas en las huertas. En la de Murcia la prohibición era tajante: un decreto municipal antiguo ordenaba quemar las colmenas establecidas en el perímetro regado o en su vecindad, pero a fines del siglo XVII no parece que la prescripción se observara de manera rigurosa. En 1678 una tal doña Jerónima del Poyo Ponce de León protesta contra una decisión del Ayuntamiento tendente a actualizar la aplicación de la norma citada a un colmenar que la familia poseía en el heredamiento de Churra la Vieja. Diez años más tarde un asunto parecido revela la causa de la prohibición: el tenaz prejuicio, conservado hasta el siglo XX, según el cual las abejas atacaban a la fruta y, especialmente, a las uvas¹⁶.

En el sur de la región las colmenas solían ser desplazadas hacia las zonas de secano y las laderas montañosas incultas. Pero incluso allí las autoridades imponían cierto orden; se obligaba, por ejemplo, a agruparlas en puntos fijos del territorio. El objetivo de estas medidas era doble: por un lado, evitar las querellas entre apicultores y, por otro, prevenir los posibles daños que podían causar los ladrones o los rebaños, y facilitar su castigo.

En el norte la reglamentación era menos estricta: su finalidad más importante consistía en impedir el paso de los rebaños por las inmediaciones de las colmenas (Almendros Toledo, 1989: 128). Las instalaciones se ubicaban bien junto a los núcleos de población, bien no muy alejadas de los edificios centrales en el caso de las fincas aisladas o bien en pleno campo. En este último caso, las colmenas podían establecerse sin ninguna clase de defensa particular (*a la clemencia* como en Peñas de San Pedro) o rodeadas de un muro de protección; casi siempre se trataba de simples empalizadas circulares que los apicultores trashumantes edificaban para las colmenas en sus desplazamientos estacionales, similares a las que construían los pastores de la Mesta. En el Bonillo (la Mancha), el Catastro menciona tres colmenares rodados de una valla cerrada de 30 o 40 varas de circunferencia¹⁷. Los dos colmenares de don Juan Guevara de Lorca, que estaban provistos de un muro de piedra y una casita para guardar los útiles de trabajo, protegían 287 colonias y 86 colmenas de corcho vacías en un caso, y 88 colonias y 78 colmenas vacías en el otro¹⁸.

16. *Ordenanzas Municipales de la villa de Caravaca*, Murcia, 1739, p.26. *Ordenanzas de la mui noble y mui leal villa de Aledo y Totana*, Murcia, 1734, p. 31. *Ordenanzas de Lorca*, *op. cit.* p. 62 y Archivo Municipal de Murcia (A.M.M.), legajo 4.034.

17. A.H.P.A., Catastro, libros 54 y 152.

18. A.H.M.L., Protocolo 1.828.

Los colmenares del campo tenían que instalarse a una distancia fija unos de otros (800 pasos en general) y estaban rodeados a su vez de un espacio vacío con protección circular, *el egido*. El radio de dicho círculo medía normalmente entre 400 y 500 pasos, en su interior todo nuevo enjambre era considerado como procedente de los ya instalados; el ganado, además, no podía entrar. Incluso se establecía a veces un nuevo círculo concéntrico de 200 pasos de radio dentro del cual estaba prohibido el paso de las bestias de carga; el propietario de las colmenas tenía la obligación de señalar los límites por medio de botas de paja o de cuatro grandes piedras. En las tierras cultivadas las medidas del radio se reducían a 30 o 40 pasos, lo que ayudaba a mantener las colmenas en el *saltus*.

Para hacer respetar estas reglas, prevenir o reprimir los robos que constituían la plaga de la apicultura tradicional y vigilar el comercio de la miel y de la cera, se había formado en Lorca una asociación de apicultores. Su existencia se constata en el siglo XVI pero su origen es probablemente más antiguo. Las ordenanzas de 1561, recuperadas en la compilación de 1713, nos permiten apreciar la similitud del funcionamiento de esta organización con el de otras que funcionaban en algunas ciudades de Aragón y Castilla. Los apicultores elegían anualmente dos *veedores* y, a partir de 1635 deciden elegir igualmente un tesorero y aumentar la tarifa de las cotizaciones para cubrir los gastos que entrañaba la persecución de los malhechores e imponer el mercado de los recipientes. La eficiencia del sistema es puesta en duda un siglo después: el padre Morote atribuye la desobediencia de las ordenanzas, entre otras causas, al descenso de las cosechas de miel y de cera en Lorca: «En el tiempo presente, escribe, ellas [las colmenas] no son tan abundantes como antes porque no se respetan, para su conservación, las disposiciones que observaban nuestros antepasados» (Morote, 1741: 262).

3.5. Conclusiones

Un análisis más profundo de la documentación habría podido permitirnos abordar otros aspectos de las actividades apícolas que solo han sido objeto de una breve mención. Tal es el caso de las técnicas de producción (formas de hibernación de las colmenas, procedimientos seguidos en la recolección, separación y primera elaboración de la miel y la cera), de las industrias derivadas y de la comercialización de sus productos. Pese ello, esta presentación algo sumaria parece suficiente para dar a conocer ciertos rasgos comunes entre los apicultores murcianos y los apicultores europeos de la misma época, otros que anuncian la situación actual y otros, finalmente, que constituyen las constantes ibéricas en el arte de la crianza de abejas.

Al igual que en el caso murciano, la apicultura tradicional coexistió en otras regio-

nes europeas con la captura de enjambres salvajes. La gran diversidad de colmenas existentes en un mismo territorio constituye una de las características de la misma así como su vulnerabilidad en lo referente al robo y a las depredaciones de toda clase. Otro rasgo a destacar es la similitud existente entre la «educación» de las abejas y la crianza de ganado, en particular la del ovino, perceptibles tanto en las prácticas cotidianas (uso de marcas, trashumancia, construcción de colmenares cercados, existencia de asociaciones de apicultores asimilables a las «mestas» locales) como en el vocabulario empleado (se lleva a «pacer» las abejas, se «cortan» las colmenas al igual que la lana). Lo cual no impide la existencia de problemas derivados de la cohabitación espacial entre ambas especies.

Por supuesto, las técnicas experimentaron transformaciones tras la adopción de colmenas dotadas de cuadros múltiples (que solo se impusieron de forma masiva a partir de 1950), pero en ciertos aspectos la apicultura murciana del siglo XVIII prefigura la del siglo XXI. Para empezar, la geografía apícola es extraordinariamente estable y la zonación se mantiene durante los dos siglos: Extremadura, Galicia y el País Valenciano siguen siendo los polos de la apicultura española y, en lo que fue el antiguo reino de Murcia, los sectores más dinámicos siguen siendo la Sierra de Alcaraz y sus piedemontes así como los confines orientales del reino.

Desde el siglo XVIII la región se convierte en una muestra de lo que sucede en el conjunto del Península. Tanto en Murcia como en el resto de España las colonias se alimentan fundamentalmente del *saltus*: la miel de romero es su producto más clásico. En Francia, por el contrario, tras la revolución agrícola las abejas viven de la floración de las plantas forrajeras (alfalfa, pipirigallo) y del trigo negro (Bretaña, Sologne, Champaña). La miel española, pues, es sobre todo una miel de montaña mientras que la francesa lo es de llanura a excepción del Mediodía mediterráneo (Corberes, Cévennes). Otro rasgo diferencial consiste en el hecho de que en la Península las colmenas están siempre más concentradas que en Francia, donde su propiedad está muy fragmentada. Un apicultor medio de Murcia en los siglos XVIII-XIX poseía tantas o más colmenas que todo un municipio francés, si se exceptúan el Macizo Armoricano, el Limusín y los alrededores del Ventoux. En la actualidad, el propietario murciano de más de cincuenta colmenas es casi un profesional y emplea métodos más intensivos que sus colegas franceses. Por ejemplo, practica cada vez más la trashumancia, que sigue siendo excepcional el norte de los Pirineos, y no recurre al ahumado de las colonias en el momento de la recogida de la miel que aún predominaba en la Francia de 1900. Finalmente, las cofradías de apicultores propias del Antiguo Régimen anticipan un encuadramiento más estricto de la profesión, característico de la época actual. Estos rasgos específicos, de orígenes lejanos, y que persisten en nuestros días, contribuyen a explicar que a despecho de las dificultades, el sector econó-

mico estudiado goce de mejor salud en España y que ésta se haya convertido recientemente en el primer país apícola de Europa¹⁹.

AGRADECIMIENTOS

La primera parte de este artículo se presentó a las XXVI Jornadas internacionales de Historia sobre *La transhumance dans l'Europe médiévale et moderne*, celebradas en la Abadía de Flaran los días 9 al 11 de septiembre de 2004. Una versión francesa de la segunda parte del artículo se presentó en *Mélanges en honneur de Jean-Pierre Poussou*. La preparación de los primitivos trabajos para este artículo ha corrido a cargo de José M. Martínez Carrión y María Teresa Pérez Picazo, que además los ha traducido. La revisión final ha correspondido al Consejo de redacción de *Historia Agraria*.

REFERENCIAS

- ADAM, F. (1980): *A la recherche des meilleures races d'abeilles*, París, Le Courrier du Livre.
- ALMENDROS TOLEDO, J. M. (1989): *Ordenanzas municipales de la Ribera del Júcar. Villa de Vés (1589) y Jorquera (1721)*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.
- BOULLON, A. DE (1867): *L'apiculture productive et pratique suivant la méthode de Mr Amédée Mauguet d'Argences*, Calvados, París, Evreux.
- BUZAIRIES, L. A. (1857-1858): «Calendrier apicole des environs de Narbonne (Aude). Août», *L'Apiculteur*, 1857-1858, p. 285-288.
- CANO VALERO, J. y CEBRIÁN ABELLÁN, A. (1992): *Relaciones topográficas de los pueblos del Reino de Murcia (1575-1579)*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- COLUMELA, L. J. M. (1988): *De los trabajos del campo (De re rustica)*, Madrid, MAPA & Siglo XXI.
- DUCHET, F. X. (1771): *Culture des abeilles, ou méthode expérimentale et raisonnée sur les moyens de tirer meilleur parti des abeilles, par une construction de ruches mieux assorties à leur instinct: avec une dissertation nouvelle sur l'origine de lacire*, Vevey, Chez P. A. Chenebise lib. & impr.
- GIL, J. (1621): *Perfecta y curiosa declaración y alabanças de las abejas*, Zaragoza, Pedro Gel & A. Señales Impresores.

19. *Censo Agrario de 1999* [<http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=%2Ft01%2Fp042&file=inebase>]. A comparar con los resultados del Recensément Agricole français, 2000.

- JAIME GÓMEZ, J. DE y JAIME LORÉN, J. M. DE (2000): *Historia de la apicultura española*, Vol. 1. *De los orígenes hasta 1492*, Calamocha, edición de los autores.
- JAIME LORÉN, J. M. DE y JAIME GÓMEZ, J. DE (2002): *Historia de la apicultura española*, Vol. 2. *Desde 1492 a 1808*, Calamocha, edición de los autores.
- JOANNE, A. M. (1869): *Géographie des 89 départements de la France. Loire-et-Cher*, París, Hachette.
- LAPOUTRE, J. B. (1763): *Traité économique sur les abeilles*, Besançon.
- LARRUGA, E. (1787-1797): *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, Comercio, fábricas y minas de España*, 44 tomos, t. XXI (1792), Madrid, Agustín Espinosa Impresor, p. 128-129.
- LEMEUNIER, G. (2004): «Viajes de abejas’. La trashumancia apícola en la Cataluña Norte (siglo XIX)», en CASTÁN, J. L. y SERRANO LACARRA, E. D. (dirs.), *La trashumancia en la España mediterránea*, Zaragoza-Guadalaviar, CEDDAR, pp. 387-404.
- MASSAC, M. DE (1766): *Mémoire sur la manière de gouverner les abeilles dans les nouvelles ruches de bois*, París, Ganeau.
- MÉNDEZ DE TORRES, L. (1566): *Tractado breve de la cultivación y cura de las colmenas*, Alcalá de Henares.
- MOROTE, P. (1741): *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, Murcia, F. J. Lopez Mesnier Impresor.
- OLLÉ ALBIOL, M. (1996): *El Llibre de les abelles: de setis, lligallos i abellers*, Barcelona, Abadía de Montserrat.
- RODRÍGUEZ LLOPIS, M. (1993): *La villa santiaguista de Liétor en la Baja Edad Media*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.
- SCIPION, M. (1984): *L’homme qui courait après les fleurs : mémoire d’un berger d’abeilles*, París, Seghers.
- SIAU, A. (1857): *Rapport sur l’industrie abeillière des Pyrinèes-Orientales*, Perpiñán.